

## Evangelización en y por culturas mestizas

Diego Irarrazaval \*

“Somos gente que tiene que averiguar su cuerpo geográfico tanto como su alma histórica”; “...cuando el mestizo abre sin miedo su presa de agua se produce un torrente de originalidad liberada; nuestra imitación americana es dolorosa; nuestra devolución a nosotros mismos es feliz”; con estos recados Gabriela Mistral abrió surcos de autenticidad (1). En este continente y este país prolifera el menosprecio, e imitamos el desarrollo de otros pueblos. Por eso vale apreciar torrentes de ´originalidad liberada´ y averiguar qué hay en lo profundo; vale sintonizar hacia adentro y adelante; vale sopesar identidades, otredades, limitaciones, posibilidades.

Una cuestión poco asimilada y debatida es la gama de mestizajes latinoamericanos. Ello es reducido a lo racial y fisiológico, a partir de la mezcla de europeos del siglo 16 con gente autóctona de América. A mi parecer, el acontecer mestizo es pluridimensional; no se trata de una esencia ni algo sólo del pasado, sino más bien son identidades, procesos, y propuestas de convivencia humana. Me parece que gracias a claro-oscuros y entrecruzamientos es posible interactuar según lo que somos y soñamos (sin mirarse de modo unívoco, ni sólo definirse de manera nacionalista).

Además, el requerimiento de la poetisa puede incentivar la pastoral y la teología. Es bueno averiguar -en el cuerpo y alma de Chile- los desafíos a la evangelización, y estar bien atento a rostros e itinerarios mestizos y sincréticos de quienes reciben la Buena Nueva y de quienes elaboramos teología.

Son preocupaciones amplias; voy a tocar sólo dos aspectos. 1- Una anotación teológica ante culturas mestizas. 2- Retos modernos en la evangelización. Esto forma parte de mi reconexión con la polifacética y sorprendente realidad chilena (2), en que retomo líneas básicas trazadas por colegas desde hace mas de diez años (3).

El encuentro de la Sociedad Chilena de Teología en Talca ha reiterado preocupaciones por el ¿qué somos? las personas que hacemos teología. F. Berrios anota que los chilenos somos bien mestizos en lo concreto. J. Silva plantea ¿quiénes somos? y ¿cómo lo diverso es reconocido en uno mismo? En cualquier caso, no conviene reducir la temática a ciertas costumbres ni a asuntos raciales. Además, se constata la escasa explicitación de identidad mestiza, aunque es honda y plurifacética la realidad mestiza en Chile.

### 1) Inquietud teológica en torno al mestizaje

Al examinar comportamientos y sensibilidades, sobresalen el peso de los *mass media*, la comunicación electrónica y digital, y la primacía dada a lo económico. Nos envuelven “lógicas mercantiles como eje regulador en el conjunto de la producción y la distribución cultural” (4). El ser y sentirse chileno está enmarcado por un tipo de progreso macro-social, símbolos seculares y religiosos, un trato cotidiano con fascinantes objetos, veloces imágenes y frágiles vínculos, arribismo, actitudes racistas, nacionalismo. Rara vez al pensarse como chileno uno se considera mestizo.

Pues bien, al llevar a cabo una lectura teológica de nuestras culturas hay que prestar atención a factores económico-sociales, que hoy pretenden subordinar todo al materialismo sacralizado y al éxito individual. Hay que confrontar los deseos inducidos por el mercado, y la pseudo libertad de consumir que va de la mano con el mandato de “haz lo que tu desees”. Esto contrasta con la ética exigida por el Evangelio, que nos motiva a amar al prójimo. En nuestros corazones hay un clamor por la genuina libertad, a la que invita el mensaje paulino: “gozar la libertad...y dejarse conducir por el Espíritu” (Gal 5, 13, 25). La perspectiva teológica toma en cuenta todos los factores (y no sólo lo racial-cultural), ella es cautelosa ante ídolos materiales de hoy, y, a fin de cuentas, ella forma parte de un caminar con el Espíritu.

Al ser conducida por el Espíritu, la reflexión ve lo que salva y lo que corrompe (cf Gal 5,19-24). Esto conlleva discernir, aquí en Chile, voces y pautas que nos envuelven (5). Al recorrer los escritos en “Revisitando Chile”, uno ve pautas transversales, identidades locales, y diferencias. Unas grandes problemáticas son la imitación y la correlativa auto-negación; y unos grandes

recursos son la heterogeneidad, la interacción entre seres diferentes, y los procesos de amestizamiento.

Consigno unos aportes. Jorge Pinto lamenta que “nuestro destino no está en la América morena, sino muy lejos, en los países desarrollados con los cuales anhelamos mimetizarnos”. María Angélica Illanes indica nuestra dificultad de “reconocer una identidad mestiza”, también lamentada por Jorge Gissi y por Ana Pizarro. José Luis Martínez ve que abunda lo heterogéneo más que lo “armoniosamente mezclado”. Por otra parte, Alvaro Góngora anota que todo en Chile es mestizo aunque está más acentuado en “la clase media y popular”. Jorge Larraín comenta nuestra condición ecléctica que “absorbe ideas de todos lados”, y Max Salinas ve la “búsqueda de una armonía de múltiples tensiones opuestas”, y subraya el esencial “carácter festivo”.

Cada uno de estos aportes nos deja pensativos y lleno de inquietudes. Uno desea que mayores pasos fueran dados en la temática mestiza. En el actual contexto homogeneizador es urgente aclarar qué somos y adónde vamos, para no ser enjaulados por la imitación y la auto-negación. Todas esas cuestiones envuelven e interpelan la reflexión creyente. Sugiero que la tarea teológica incluya y acompañe esas temáticas y en especial nuestras identidades y proyectos mestizos.

Por otra parte, confieso que me apesadumbra la “Política cultural, 2005-2010” de un organismo del Ministerio de Educación. Se constata un acceso masivo a la televisión; un 60% tiene un “consumo cultural de pobreza... marcado por la oferta de los medios de comunicación”, y a la vez “menor valoración de la diversidad y de la democracia” (sección II). Lo “cultural” está pues delimitado por el mercado, y es atomizado de manera individual y familiar. En cuanto a políticas públicas, reiteradamente se dice respetar la diversidad cultural en Chile; sólo mencionan culturas originarias y migraciones recientes, y son omitidos los mestizajes (sección III). Abundan pautas de beneficencia (y no de interacción) y una retórica multicultural (que es funcional al status quo). Tales voces, provenientes del Estado, muestran una generalizada incomunicación y domesticación cultural.

Pues bien, ante los obstáculos ya mencionados, y también ante las potencialidades mestizas ¿estamos replanteando la acción y reflexión cristiana?

No me refiero a objetos culturales ni a un esencialista mestizaje-en-sí. Más bien, se trata de dinámicas que -según la explicación dada por Sonia Montecino- de modo simultáneo involucran “múltiples e intrincados elementos biológicos, culturales, socio-económicos, y ... aspectos simbólicos” (6). En la historia chilena -reseñada por Max Salinas- aunque autoridades civiles y religiosas han tachado expresiones cristianas amestizadas, de hecho la “sociedad mestiza ha conseguido una permanencia y fuerza histórica con sus particulares formas laborales, morales y religiosas”. En nuestros ambientes teológicos vale también considerar aspectos posmodernos. Al respecto Martín Hopenhayn explica que hoy se habla menos de mestizaje y más de diferencias; sin embargo, abundan mezclas en la comunicación via Web que corresponde a lo latinoamericano forjada con sincretismos y mestizajes.

Entonces, a la reflexión creyente le corresponde sopesar los acuciantes procesos de mestizaje, ya sea el acontecer hegemónico (donde las mezclas subordinan al marginado), o bien unas formas alternativas (que conjugan mezclas y diferencias a favor de gente postergada). Al dialogar sobre estos temas, la teología requiere no sólo debatir el mestizaje sino también aclarar lo que son las culturas y etnias en nuestro país, y, los modos de ser condicionados por deseos y valores de la economía de mercado. Además, el teólogo/teóloga que asume el ser uno mestizo, es con tal identidad y proyecto de vida que uno contribuye a sistematizar la fe. Cuando uno aprecia la racionalidad y simbología mestiza, de ese modo es posible enriquecer y recrear los lenguajes sobre Dios.

Ahora bien, existen varias líneas de reflexión (7). Puede entenderse lo mestizo como síntesis que ensambla diferencias, como lo anotan Scannone y Morandé (cada uno con sus propios acentos). Lo humano y divino estarían entrelazados; y mediante argumentos filosófico-sociales es entendida la fe en la salvación. Por otra parte, tenemos cuestiones propias a cada región de América y también proyectos emancipadores, como lo anotado por V. Elizondo en el sur de EE.UU. y por P. Trigo en Venezuela. Ellos consignan la presencia de Dios desde la marginalidad mestiza. También cabe desentrañar la alineación y opresión socio-cultural (que ha recalcado J. Comblin), el ethos y pathos cultural del Evangelio a favor del pobre (S. Silva), y retomar la sistematización hecha por Joaquín Silva. En cuanto a la persona de Jesucristo, en el encuentro en Talca

se ha sugerido el factor mestizo en su condición divina y humana (A. Bentué) y en su genealogía mestiza (A. Bravo).

Ahondando lo ya dicho, la trascendente opción por pueblos pobres incluye las voces teológicas de comunidades mestizas, originarias, afroamericanas, con sus modos de entender a Dios y a Jesucristo y María, y sus maneras de vivir lo sagrado y de hacernos más humanos. Estas voces explican el pecado humano, y las búsquedas y vivencias de salvación. Entonces, el acontecimiento cristiano es no sólo transmitido a diversos sujetos latinoamericanos, sino que dichas comunidades son portadoras del acontecer Pascual, y ellas verifican el proceso de salvación.

## 2) Cuestiones en la evangelización moderna

La preocupación por lo mestizo va de la mano con los retos modernos; mucho ha sido dicho en términos generales y positivos, dada la apertura en torno al Vaticano II. Se ha precisado la relación iglesia-mundo (moderno), y sus implicancias culturales. Hoy tenemos un consenso formal que la evangelización -dirigida a personas y pueblos- ni consagra lo moderno ni tendría que estar subordinada a hegemonías culturales (aunque ello a menudo ocurre en el comportamiento y pensar cristiano). Al respecto las instancias de Iglesia podríamos precisar lo que estamos diciendo al hablar de cultura; el debate teórico es tanto filosófico como de las ciencias sociales.

En América Latina y en Chile, las ciencias (y a veces el pensar cristiano) han comenzado a evaluar modernidades complejas y amestizadas. Hay que estar más atento a lo que ocurre aquí, e indagar nuestras mezclas en lo económico, emocional, cultural, religioso. Éstas mezclas nuestras no equivalen a sincretismos y otros fenómenos existentes en regiones autodefinidas como desarrolladas. Nuestros contextos manifiestan sus rasgos entrecruzados y sus vínculos simétricos y asimétricos (ya sea entre culturas o bien entre religiones). No son simples reproducciones de mecanismos externos e internos de poder hegemónico. Por eso, desde hace años en América Latina se toman en cuenta varias formas de inculturación y de interculturalidad.

Tres grandes cuestiones me llaman más la atención.

Primera cuestión. Del reconocer pluralidades hay que dar el paso al estudio de procesos y a entender la interacción entre sujetos culturales, y aquí redescubrir criterios teológicos (8). Hoy en ambientes oficiales de la Iglesia se hace mención de la diversidad, pero se soslayan rasgos específicos, entretreídos, conflictos en lo cultural y simbólico. Por ejemplo, el IX Sínodo de Santiago y las Líneas Pastorales 2003-2005 escuetamente anotaron lo plural y un aprecio por raíces, culturas y religiosidad popular. Esto ha sido un primer paso. Cabe un amplio análisis histórico y cultural (que incluya lo local y global, los mestizajes, etc.). Puede decirse que todo es mestizo en la Iglesia.

En cuanto a los criterios, vale comenzar con la teología de la creación (como lo hecho por Juan Noemí y la meticulosa sistematización de Joaquín Silva). La evangelización de pueblos y sus culturas tiene como fundamentos la creación, la encarnación, la pascua, la escatología. Sergio Silva anota el dinamismo universal-escatológico de la fe que puede inculturarse en cada una sin absolutizarla. Por su parte, Jose Comblin advierte la “presión social y cultural para cristianizar” (¿sabemos que cristianizar no equivale a evangelizar!).

A mi parecer, es bueno seguir encarando tantos desafíos al evangelizar culturas mestizas y populares, al potenciar sus energías humanas, y al denunciar lo que atenta contra la vida. Esto tiene como marco “la Pascua de la vida que el Espíritu de Jesús está llevando a cabo en nuestro continente” (como he anotado en 1992). Si se desenvuelve una sólida fundamentación teológica, el mestizaje ya no sería una temática de segundo nivel, ni bastarían simples “aplicaciones” a la pastoral. Reitero que nuestros mayores recursos provienen de la Creación, la Cristología, la esperanza escatológica.

Una segunda cuestión. Hay que superar la omisión y reticencia a evangelizar a personas y modernidades que somos mestizas. Uno constata que la propuesta inculturadora ha privilegiado factores modernos y modos de vida relativamente homogéneos (grupos de barrio, comunidad indígena y afroamericana, etc.). Raras veces son encaradas dinámicas polisémicas y mestizas en las ciudades, donde hay mayores entrecruzamientos y tensiones. De este modo las reflexiones suelen anclarse en el pasado (en culturas estables con sus sistemas de significados), o bien en lo moderno como un denominador

transversal y abstracto. De nuevo vemos que cabe mayor debate sobre nuestras identidades y productos simbólicos.

Las personas y estructuras dedicadas a la evangelización se mueven en medio de cambios pluri-dimensionales. La Buena Nueva es anunciada a personas que participan en distintos mundos simbólicos (donde caben varias formas de inculturación). Por consiguiente, ya no es posible el simple “evangelizar la cultura” e “inculturar el Evangelio” como si los destinatarios tuvieran una identidad monocultural. Las personas cada vez más tienen varios sistemas de sentido y niveles de identidad que se entrecruzan. Cada ser humano puede tener valores ciudadanos (que en parte son cristianos) y al mismo tiempo uno está enmarcado por la cultura del “dinero (que supuestamente) es la solución a todos los deseos insatisfechos” (IX Sínodo, #501). Es pues necesario examinar sistemáticamente el comportamiento mestizo. Esto aún no ocurre en eventos eclesiales, ni en institutos teológicos, ni en programas pastorales. ¡Son vacíos colosales!

Una tercera gran temática. Sería bueno consolidar líneas concretas y las apuestas hacia adelante. Las culturas -al ser puestas en relación al Evangelio del Reino- son redimensionadas como proyectos de vida trascendente. Esto conlleva que en Chile y América Latina la evangelización haga un discernimiento de los mestizajes, de lo intercultural e interreligioso, y de otros sueños de una vida más plena. Tales apuestas hacia el futuro no se deben a un fácil optimismo. Más bien, de modo realista ponemos atención a tanto malestar y depresión en la población chilena aparentemente exitosa (PNUD, 1998 y 2002), y se renueva la búsqueda de energías que sanan y dan esperanza.

Lo utópico abunda en la calidad festiva de la población (subrayada por M. Salinas). Por otra parte, hay sueños de bienestar imitando sociedades ajenas. “Chile parece evolucionar... hacia un modelo de sociedad de corte liberal de tipo norteamericano” como advierte Eugenio Tirón (9). Al respecto cabe preguntar ¿qué buenas y qué malas noticias ofrece el Evangelio hacia nuestros sueños de bienestar? La propuesta de imitar el Norte ni soluciona nuestras problemáticas, ni corresponde a nuestras potencialidades.

En la trayectoria eclesial chilena hoy resaltan voces optimistas. El IX Sínodo ha propuesto evangelizar proféticamente la nueva cultura. Las Líneas

Pastorales del 2003-2005 desean una “cultura de la solidaridad” que integra a todas las personas y da preferencia al pobre. El documento de trabajo para el Bicentenario (Comité Permanente, 2004) anuncia un “refundar a Chile”. Esto es entendido desde la identidad nacional y respetando el pluralismo.

Por mi parte, estoy en desacuerdo con un lenguaje nacionalista para “reconstruir” a Chile, y con una inconsciente o una explícita adhesión al “desarrollo” del Norte. Veo más bien que los mayores pasos son dados cuando interactúan nuestras diferentes realidades, y cuando se colabora con otras realidades latinoamericanas, a fin de reconstruir la convivencia a nivel planetario. A ello contribuye una Iglesia que reconoce rasgos mestizos.

Concluyo con renovadas inquietudes. Las complejas dinámicas modernas en Chile pueden ser asumidas mediante la interculturación del Evangelio. El IX Sínodo de Santiago ha propuesto el anuncio de Cristo muerto y resucitado, que “requiere de un proceso de inculturación” (#507). También cabe lo intercultural y lo mestizo, que como cada aspecto de la modernidad tiene que ser encarado con precauciones y con audacia. Si uno constata la “tendencia autodestructiva de la modernidad” (10), entonces la comunidad eclesial tiene que reafirmar su responsabilidad trascendente y profética. Al ser recreado Chile (con sus mestizajes) ¿cómo contribuye la comunidad eclesial? ¿Qué energías trascendentes y proféticas aportamos las personas mestizas? Lo hacemos sin reeditar y modificar lo ocurrido en el siglo 16, sino encarando los actuales itinerarios mestizos, de carácter local y global.

Notas:

\*Elementos aportados en instancias del Centro Manuel Larraín (PUC y UAH), Amerindia, Sociedad Chilena de Teología. Elaborado y publicado en *Teología y Vida*, n° 47 (2006), pgs. 509-515.

1. Gabriela Mistral, *Pensando a Chile* (J. Quezada, comp.), Santiago: Cuadernos Bicentenario, 2004, 188; Virgilio Figueroa, *La Divina Gabriela*, Santiago: El Esfuerzo, 1933, 239; además, la poetisa lamenta la falta de conocimiento del “indígena fundamental, del que pesa con dos tercios en la masa de nuestra sangre”.



2. En las ciencias humanas y la reflexión cristiana hay indiferencia (y hasta aversión) hacia realidades mestizas. Mis primeros acercamientos: “Culturas mestizas y populares latinoamericanas” (1992), “Solidaridad en la mestiza América Latina” (2005).

3. Mi punto de partida son los sólidos ensayos en *Teología y Cultura*, Santiago: Sociedad Chilena de Teología, 1992; en especial Jose Comblin, “Perspectivas teológicas sobre la cultura”, y Sergio Silva, “Teología y cultura: desafío y problemas de método. Una perspectiva latinoamericana”, (pgs. 5-32, 53-78); y la elaboración de Joaquín Silva, “Evangelización y Cultura: sistematización teológica” en VV.AA., *Por los caminos de América*, Santiago: Paulinas, 1992, 303-342. También agradezco los comentarios y críticas al hacer esta ponencia en la asamblea de la Sociedad Chilena de Teología (Talca, octubre del 2005); uno de los consensos ha sido el necesario debate sobre el “mestizaje”.

4. Paulo Slachevsky, “Los problemas de la diversidad cultural”, en José Weinstein y otros, *Industrias culturales: un aporte al desarrollo*, Santiago: LOM, 2005, 74.

5. En la compilación *Revisitando Chile*, identidades, mitos e historias (Santiago: Publicaciones del Bicentenario, 2003) resalta su tercera sección con pistas históricas que incluyen el mestizaje. Ver ensayos de Maria A. Illanes (la cito, pg. 588), Jorge Pinto (lo cito, pg. 540), Max Salinas (lo cito, pgs. 555-6), Alvaro Góngora (mi cita, pg. 563), Cristián Gazmuri, Jose Luis Martinez (pg. 579), Gabriel Salazar, Jose Bengoa, Jorge Larraín (pg. 67), y ver J. Gissi y A. Pizarro (pgs. 81 y 87). Por otro lado, existen “Definiciones de Política Cultural, 2005-2010” del Ministerio de Educación (Consejo Nacional de la Cultura y las Artes), Santiago de Chile, mayo 2005 (en [www.consejodelacultura.cl](http://www.consejodelacultura.cl)).

6. Sonia Montecino, “Mestizaje”, en R. Salas (coord.), *Pensamiento Crítico Latinoamericano II*, Santiago: UCSH, 2005, 656, y su *Sangres cruzadas: mujeres chilenas y mestizaje*, Santiago: SERNAM, 1993; Maximiliano Salinas, “Pluralismo religioso y reconocimiento de los mestizos en Chile” en su *En el cielo estan trillando, para una historia de las creencias populares en Chile e Iberoamerica*, Santiago: LOM, 2000, 172-4; Martín Hopenhayn, *América Latina Desigual y Descentrada*, Buenos Aires: Norma, 2005, 22, 131. En cuanto a terminología, dado el carácter dinámico, puede hablarse de

“mestización” y “amestizarse”, de intercambios y a la vez diferencias entre modos de vivir. La palabra “mestizaje” suele estar limitada a lo racial y asuntos del pasado. El ensayo de Hopenhayn replantea lo mestizo en el siglo XXI.

7. Ver J.C. Scannone, *Evangelización, cultura y teología* (Buenos Aires: Guadalupe, 1990), P. Morandé, *Cultura y modernización en América Latina* (Santiago: PUC, 1984), V. Elizondo, *The future is mestizo* (Bloomington: Meyer, 1988), P. Trigo, *La cultura del barrio* (Caracas: Universidad Católica, 2004), J. Comblin, S. Silva, J. Silva (trabajos citados en nota 3).

8. Conclusiones del IX Sínodo de Santiago, 1997, tercera línea pastoral orientadora (#497-650); se constatan: diversidad (507-510), culturas indígenas, populares, y religiosidad (516,520,524,527), la inculturación (507,511), y la necesaria capacitación para el análisis cultural (511). Luego, en las Líneas Pastorales 2003-2005, el Arzobispado reitera la diversidad (pgs. 13 y 28) y la inculturación en la “pluralidad cultural de Santiago” (pg. 19). En cuanto a criterios: ver Juan Noemí, “Inculturación del Evangelio”, VV.AA., *Cultura, modernidad e iglesia en Chile*, Santiago: San Pablo, 1994, 25-38; Sergio Silva “Teología y Cultura: desafío y problema del método”, Jose Comblin, “Perspectivas teológicas sobre la cultura”, Joaquín Silva, “Evangelización y Cultura: sistematización teológica” (citados en nota 3).

9. Eugenio Tironi, *El sueño chileno*, Santiago: Aguilar, 2005, pgs. 19, 176-178, 294-301.

10. Sergio Silva, artículo citado, 71; en tal contexto, la teología “contribuye a superar la modernidad”.